

HUMANISMO Y UNIVERSIDAD*

Salomón Lerner Febres es Rector Emérito de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

La Universidad constituye una forma de ethos. Ella es una institución con historia y con memoria, que no deja de evocar con gratitud a sus fundadores y benefactores y, en general, a todos aquéllos que trabajaron desinteresadamente para convertirla en lo que es actualmente. Es fundamentalmente una comunidad de investigación y reflexión que examina continuamente sus vínculos con la sociedad y las instituciones que la vertebran.

Pero la Universidad no es solamente una persona moral que evoca lo acontecido y que se nutre de sus logros, de sus tradiciones y de sus experiencias. También entiende que una dimensión privilegiada de la historia es precisamente el porvenir, y por ello se abre esperanzada hacia el futuro. Hablar del porvenir implica, necesariamente, referirse a proyectos, a realizaciones y a un deber-ser que se ofrece como meta. Ahora bien, esa orientación hacia el futuro se quedaría limitada a meras ilusiones si no asumiéramos la situación presente, que debe ser ponderada con

honestidad, para, desde ella, señalar los objetivos que nos proponemos alcanzar así como la forma en que vamos a lograrlo. Y todo esto a partir de aquella autocomprensión por la cual la institución universitaria se reconoce fundamentalmente como un lugar de intensa búsqueda de la verdad a través del saber y el autoexamen.

Esta búsqueda supone pensar la Universidad como un espacio de diálogo crítico con la cultura cívica y científica. Es así que a la Universidad le corresponde fomentar el debate interdisciplinario en torno a por lo menos dos asuntos de interés permanente: 1) la discusión epistemológica sobre la naturaleza y límites del conocimiento científico, vale decir, sobre el mismo saber que impartimos e investigamos; y 2) el estudio de la relación universidad-país, pues es claro que no se puede concebir a la universidad como una institución aséptica, desvinculada de la realidad a la que refleja y promueve o de la sociedad que pretende comprender y orientar.

La Universidad somete a examen crítico las diversas formas de saber puestas al servicio del hombre. Ella actúa como realidad académica de mediación, que -en palabras del padre Kolvenbach- “hace existir los diversos saberes y las diferentes ciencias de ningún modo en un aislamiento mortal, sino como diferentes significantes de la coherencia fundamental del hombre”. En efecto, existe actualmente una enorme fragmentación del saber. Ante esta situación, la Universidad reafirma como fundamental su vocación integradora, humanista e interdisciplinaria, pues sólo así puede ser consecuente con el más auténtico sentido de la palabra “Universitas”. La Universidad no debe limitarse a la cuidadosa labor de transmisión de conocimientos para preparar buenos profesionales. Sin renunciar a esa función básica, también tiene que reivindicar, como prioritario y esencial, el cultivo de la universalización de las conciencias y de las inteligencias, teniendo como guía el principio de la unidad del saber. Es justamente este sentido

totalizador el que nos permitirá comenzar a comprender las experiencias históricas y existenciales que originan la ciencia, así como los límites últimos que ésta enfrenta.

El otro rol fundamental de la Universidad tiene que ver claramente con su horizonte ético. Es evidente que, como peligrosa consecuencia del avance del individualismo y del pragmatismo a ultranza, así como de la preocupación obsesiva por el porvenir material, existe la tendencia a dejar de lado los principios centrales de la solidaridad con el prójimo y la responsabilidad entendida como fundamento de la libertad y de la facultad para escoger. En ese sentido, la Universidad no puede constituirse en un lugar donde simplemente se adopten, con acrítico entusiasmo, las modas ideológicas de turno. En efecto, el liberalismo exacerbado desemboca en un determinismo que equipara las leyes del mercado con las de la naturaleza, asumiendo un carácter de ciego fatalismo. Paradójicamente, en este contexto, la Libertad es la primera víctima de la lucha que se realiza en su nombre.

Tampoco debemos sucumbir a la tentación de sacralizar a la ciencia y a la tecnología, que pueden deslumbrarnos con sus logros hasta el punto de hacernos creer que son el camino hacia la felicidad. El real peligro consiste en el evidente rezago de la conciencia ética, que debería ir por delante de las conquistas técnicas y materiales. Ellas deben ser orientadas, desde el comienzo, hacia el auténtico bienestar y hacia la realización integral del hombre. Se trata, en última instancia, de canalizar el poder del conocimiento para sustituir la ley del más fuerte por la solidaridad con los más débiles, y para contribuir -como se ha dicho alguna vez- “a la gran mutación humanizante en el desarrollo de la vida, al salto cualitativo que está llamado a introducir la libertad humana”.

En general, ninguna moda ideológica, ninguna visión estrecha y determinista del progreso debe hacernos perder de vista la tarea ética irrenunciable de la Universidad, vale decir, su compromiso con la humanización



de la persona, que sólo podrá cumplirse en la vivencia de la solidaridad y de la justicia.

Ahora bien, la conciencia ética y solidaria no debe reducirse a una retórica moralizante que se agota en su propio discurso, y que no propone las mediaciones necesarias para hacer consistentes y realizables sus propuestas. Diagnosticar situaciones a través de la investigación, buscar alternativas prácticas, superar escollos técnicos y organizacionales: todas ellas son labores en las que la Universidad tiene un campo privilegiado de acción para contribuir a la puesta en práctica de los imperativos morales.

Y es así, desarrollando esas tareas, que reafirmamos a la Universidad como el lugar privilegiado para el diálogo, la ciencia y la cultura. Por ello con frecuencia marchamos a contracorriente de las ideologías de turno y nos convertimos en el ámbito crítico en el cual ellas pueden ser entendidas en su contexto y en su sentido. Así, nos negamos hoy a caer bajo los atractivos señuelos del lucro, la competencia y el mercado. Percibimos con claridad la necesidad de distinguir entre medios y fines, y, sin ánimo de anclarnos en el pasado, reivindicamos nuestro compromiso con los principios permanentes que dan sentido a nuestra misión. No aceptamos por tanto la tesis a la moda que desea entender la educación como lucro y no como apostolado. Estamos lejos, sin embargo, de negar que nuestra tarea no signifique, en cierto sentido, una inversión, pero ésta lo ha de ser desde la perspectiva del Bien Común y por ello sostenemos que le corresponde fundamentalmente al Estado apoyar a la educación en general, sea ella pública o privada, si es que realmente desea un futuro mejor para la sociedad.

En nuestros días somos testigos del cambio de paradigmas en todos los aspectos. Ya la idea de progreso social ha sido repensada ante la evidencia de que las sociedades no son manipulables como mecanismos de ingeniería. El concepto de Estado, a su vez, ha sufrido también notorias reestructuraciones para llevar a cabo importantes reformas económicas. No se trata, ciertamente, de cerrar los ojos ante los beneficios que nos pueda traer el desarrollo económico sobre la base de la libertad de los agentes productivos. Ocurre que todo ello parece traer a la par una fuerte sospecha hacia los valores que nos hacen

humanos, es decir, seres mutuamente vinculados a través de los afectos, de la solidaridad y del entendimiento.

En los tiempos que vivimos el desarrollo de nuevas formas de relaciones sociales y económicas no puede introducir soterradamente la exaltación del consumidor inocente, sobre todo lo cual la rentabilidad se impone por su pura presencia, lo que implica la pérdida del interés por la reflexión en la búsqueda del sentido de la vida. En efecto, hoy significa menos la letra que la cifra, menos la realidad que la apariencia y menos el arte que la sensualidad.

¿Por qué ello es así?, quizás en último término el asunto se condense, como en la vieja meditación kantiana, en el tema del hombre, y que por tanto se nos exija la reflexión sobre este ser, el cual pareciera ofrecerse hoy de modo sutil a la comprensión común, ya no como aquel que es definido por la inteligencia, homo sapiens, sino más bien como el híbrido que nace de la amalgama del viejo homo faber con el aparente nuevo paradigma del homo cupiens. Surge así una curiosa mezcla: la del hombre como elemento fungible en tanto bestia de trabajo -para usar el lenguaje de Nietzsche- con la del hombre como ser vocado y deslumbrado por el placer material inmediato, ser que apuesta la totalidad de su existencia en el instante, y corta así de raíz su historicidad al anonadar su pasado y cerrarse al futuro. La tentación por hacer nuestra, sin mayor interrogación, la moda del pragmatismo y el mercado se halla hoy a nuestro alcance. Este grave riesgo debe ser señalado y discutido.

Queda claro que ante la pregunta que nos podemos hacer hoy sobre si debemos imponernos la tarea de realizar innovaciones profundas, la respuesta es, con seguridad, sí, pero bajo el atento respeto de nuestro legado humanista. No se trata de una renuncia a nuestro tiempo, sino por el contrario, de un deseo de observarlo de manera integrada para comprender su sentido. Tampoco se trata de una toma de posición intermedia o tibia, sino radical, en el sentido original de la palabra, pues al exigirse una reflexión del presente a la luz de la esencialidad humana, logramos introducirnos en las raíces de las cosas, en la intimidad de las conciencias. Dejar de lado esta tarea significaría negarnos a nosotros mismos y hacer perder a nuestros países una de sus más importantes fuentes de debate y autocomprensión.

Para ello habremos de continuar la tarea de re-pensarnos. Ésta es una obligación primordial. Con el fin de dotar de sentido a esta reflexión, debemos disponernos a mirar claro en los cauces fundamentales dentro de los cuales discurren nuestras tareas propias. Esta mirada, obviamente, no ha de ser la de la pura contemplación ni la del lúdico ejercicio del intelecto, sino que deberá expresarse en aquella visión inteligente de los principios que rigen la coyuntura y que, transmitidos directamente a la voluntad, nos conducirán a la toma de las decisiones más importantes de la vida institucional.

PENSAR LA UNIVERSIDAD DESDE EL FUTURO

Avanzamos así en el tiempo cumpliendo la tarea de cubrir la distancia que separa la vida concreta de toda institución -su ser más propio en el aquí y el ahora- de ese debe ser señalado en forma inequívoca desde los comienzos, para brindar racionalidad y sentido a la tarea cotidiana. El transitar este camino acotó para nosotros lo que válidamente podríamos llamar un ethos académico que se convirtió en la textura misma de nuestra vida institucional y que fue entregando frutos que hoy la memoria agradecida recoge.

El compromiso personal surge de la convicción de que la Universidad, no es “una especie de aduana a la que los estudiantes, con actitud de comerciantes, acuden a certificar su mercadería a fin de visar sus conocimientos, pues ninguna nostalgia de las aulas siente quien con esta actitud lleva bajo el brazo el título profesional”¹. No frialdad de empresa, sino calor de hogar debe caracterizar al claustro, pues no otra cosa requiere el estudiante en el período de su existencia que va a desarrollar entre nosotros; el paso de la adolescencia a los años jóvenes de la madurez no nos puede ser indiferente y por ello debemos preocuparnos de que la experiencia universitaria sea integral y no quede reducida a lo meramente profesional.

En tal sentido no podemos olvidar que nuestra relación con los jóvenes no puede expresarse por medio de miradas de desconfianza y sospecha porque son diferentes a nosotros, ni menos podemos asumir frente a ellos actitudes moralizantes, paternalistas o autoritarias. Este respeto por los jóvenes obliga a la Universidad a resaltar el plano formativo, que, hemos dicho, debe ser integral o tender a serlo, y que abarca

por igual lo cognoscitivo, lo afectivo, lo cultural, lo espiritual trascendente y lo social. Nuestras aulas han de ser lugares en los que los estudiantes de diversos sectores sociales y culturales se encuentren, se relacionen, aprendan a organizarse y, lo que es muy importante, hallen -deben hallar- una disposición del profesor para el trato personal, relación ésta que enriquece a ambos porque los convierte en maestro y persona diferenciada, irreductible a ser considerado anónimo integrante de una masa o, lo que es peor, fría cifra codiciada.

Y sin embargo, lo que hemos señalado nos obliga, a la luz del momento histórico que hoy nos toca vivir, a renovar la reflexión sobre la esencia, fines y funciones de la institución universitaria, pues de algún modo se ha puesto en entredicho la justificación misma de nuestro quehacer. En la situación presente, no ha faltado quien ha calificado a la Universidad de tradicional, dando a entender que hemos perdido relación con la realidad, no sólo de nuestras naciones, sino del mundo, y que los avances de la ciencia, la profesionalización y la tecnología -para nada mencionan la cultura- nos han sobrepasado, nos han dejado atrás.

Empero, lo que hay que anotar es que por esto mismo, porque somos tradicionales, tenemos perfecta conciencia de que la tradición no es cosa del pasado. Día a día ella se constituye, incorporando el acervo común, de modo crítico y reflexivo, los avances del arte, del conocimiento, de las ciencias y de sus prolongaciones en la tecnología. Somos pasado y ello nos permite comprender el momento que vivimos. Sin embargo, esta comprensión no puede ser cabal si no se hace desde el futuro. En él hallamos el momento desde el que el recuento del pasado cobra sentido y la orientación del presente hacia lo que se atisba como posible aún se puede realizar. No olvidemos al fin y al cabo que traditio alude al modo de recibir en propiedad algo, con el fin de que produzca nuevos frutos.

Así concebida la tradición se hace historia; ella en verdad, es algo más que el mero registro de lo acontecido; su dimensión primera es lo que ha de advenir y que, por eso, modela el presente, que una vez transcurrido se fija de una vez y para siempre en lo que fue, campo más fértil para la memoria, que para la imaginación y la inteligencia. De allí que una tarea fundamental sea el pensar desde el futuro la Universidad. Poner el deber ser por delante y trazar los caminos que desde

aquí y ahora nos conduzcan siempre hacia la consecución de ese ideal.

Porque la Universidad no es una institución que vive en un espléndido aislamiento sino que está inmersa en la vida de la comunidad a la que le es imprescindible, recibe las consecuencias de las transformaciones que experimenta la sociedad contemporánea. Es muy claro que asistimos hoy a profundos cambios en la vida del hombre. Todo lleva a pensar que las

ciones. Vivimos, se afirma, en un proceso planetario en el que lo diverso se unifica y la representación de las cosas asume de pleno derecho el lugar de la misma realidad. Aldea global la llamó McLuhan. Mundialización, globalización, sociedad de la información son otros epígrafes que rotulan un nuevo modo de ser en el mundo, cuyos criterios para valorar al hombre, la cultura, la naturaleza no son otros que los de la utilidad y el consumo. Pragmatismo y hedonismo. Época de la fungibi-

lidad y la sustitución, pareciera que nada posee ya valor intrínseco, que todo es intercambiable o desechable.

Pareciera que la oculta voluntad de poder que anunció Nietzsche se deja entrever como el signo que ha de marcar nuestra existencia histórica, aquella en donde lo virtual se confunde con lo real, y la pericia y el manejo de las puras representaciones eleva a los mediadores y a las mediaciones por sobre aquello que relacionan.

La Universidad es también un espacio para la crítica



coordenadas del tiempo y del espacio que dieron sustento a una determinada visión del mundo se han modificado. En un momento de radicalización de la racionalidad occidental, el ideal baconiano que nos prometía el dominio no cuestionado de lo real, poniendo en obra el proyecto matemático que animó a la modernidad, se ha expresado de modo tal que da la impresión que la vastedad del espacio se encuentra condensada y representada en la imagen que de él nos dan los procesos telemáticos. Por su lado, el tiempo, y con él el largo plazo, parecen estar sometidos a la primacía del instante, reduciéndose el tiempo histórico a la fugacidad.

De otra parte, el insospechado desarrollo de los procesos tecnológicos que se reclaman de una ciencia triunfante, modelan un universo aparentemente compartido por todos, en el que la información ilimitada se transmite sin discrimina-

atenta de las ideologías y de los llamados "sentidos comunes". La alegoría del viejo Platón bien podría haberse escrito hoy: pareciera que no hay más mundo que el de la caverna y sus apariencias; consecuentemente, se vendería como sabiduría la habilidad del obnubilado prisionero que, maestro en distinguir mejor que otros las sombras que se proyectan en el fondo de ella, ha sin embargo olvidado la Paideia -como transformación del alma- que puede conducirlo al mundo real exterior. Estas concepciones afectan la comprensión de la existencia de cada hombre, entendido como ser personal, autónomo y responsable del proyecto de su propio existir y se extienden, también, a la vida intersubjetiva, lo que concierne indefectiblemente a la irrenunciable dimensión de nuestra sociabilidad.

Confirmados sus errores por el tiempo y la terca realidad, nos ha tocado ser testigos del desvanecimiento de una ideología

convencida de su inmovilidad, que erigió sus principios en leyes de la historia y fundamento de la ciencia y que nos ofreció, al precio de la lucha de clases y la dictadura del proletariado, el cumplimiento total de su inexorable destino en un paraíso irónicamente caracterizado por valores de humanidad e igualdad. En su reemplazo ha emergido otra ideología que se pretende dominante, de signo contrario, pero que -otra vez

la ironía- sienta su punto de partida en la aceptación acrítica de la muerte de las ideologías. Supone ella la sustitución de la violencia como motor de la historia por el mercado y sus leyes, que se postulan naturales.

A partir de la exaltación de la libertad individual, favorecida por las innumerables ventajas tecnológicas, esta concepción ha

elegido como vía regia para la comprensión de la vida social el factor económico. Este economicismo, que olvida las raíces humanísticas de la ciencia de la que se pretende vástago y que desea desarrollar, traduce de manera reductiva todo asunto al único lenguaje de los negocios y hace del mercado el único y posible escenario en el que puede representarse el drama épico de la existencia humana. Es allí, en el mercado, concebido de modo simplista y por ende errado, en su presunta irrestricta libertad, en sus leyes que se piensan sabias y justas per se, donde se disuelve la persona humana, donde se juzga su conducta, de donde surgen los valores -o antivalores- con los que se pretende constituir los signos del presente.

En nombre de la eficacia y la competencia propias de la vida empresarial y con la agresividad característica de la autosuficiencia, los profetas de la nueva ideología no han reparado que el espíritu que los anima y en nombre del cual nos ofrecen estas concepciones tan simplistas del hombre, del mundo y de la historia, es el mismo espíritu positivista que reifica el mundo y que sustentó lo esencial de las teorías marxistas.

A decir verdad, ambas concepciones privilegian el factor económico en desmedro de una concepción integral del hombre. Ambas, cual caras de Jano, nos ofrecen un paraíso al final de la historia -el de los trabajadores, el marxismo; el construido por la sabiduría del mercado, el neoliberalismo-, en nombre del cual se ha de sacrificar la justicia del presente por la perfección del futuro. Se trata, ni más ni menos, de

formas de materialismo, que al reducir el mundo a la dimensión única de lo económico, desconocen la complejidad de las realidades y, sobre todo, la de esa realidad enigmática que es el hombre.

Ahora bien, a nuestra Latinoamérica como ha ocurrido con ideologías anteriores, el neoliberalismo ha llegado a nosotros

con retraso y más simplificado aún. Avalado en los hechos al introducir coherencia en el desbocado proceso económico nacional, dominante como es y pragmático, no le basta la prédica, sino que pretende penetrar todos los ámbitos de la vida de nuestras naciones. La educación, entre ellos. Nace así la neouniversidad y se constituye a partir del despojo de sentido de la enseñanza. En ella, la búsqueda del saber es sustituida por el culto a una razón instrumental que se rehúsa a todo cuestionamiento. En ese modelo, ya no se trata de formar personas en la plenitud de sus capacidades, sino de promover una educación unidimensional, desprovista de la riqueza y de los matices necesarios para desplegar a plenitud la conciencia del estudiante. Ese espacio de compromiso con el saber que debería ser la universidad queda reducido, de tal modo, a una mera relación contractual entre el maestro y el alumno, en donde no cabe el examen de la diversidad del conocimiento y de la realidad humana y en donde, por supuesto, tampoco hay lugar para el examen de las consecuencias éticas de la ciencia y del quehacer profesional. En la neouniversidad, la especialización extrema es la norma y, por tanto, en ella la desintegración del conocimiento encuentra un lugar en el cual



prosperar. En la neouniversidad, los resultados se miden por su inmediatez y no por su trascendencia y, por ello, lo fugaz es más importante que lo permanente. En la neouniversidad, sólo se considera útil lo que rinde dividendos y, por tanto, la ciencia se transfigura en una caricatura de sí misma.

Probablemente motivadas por buenas intenciones que intentan promover un sector de la actividad social tradicionalmente relegado, han aparecido normas que establecen una ecuación en la que centro educativo es equiparado a empresa comercial, finalidad formativa a ganancia de utilidades y vocación docente a servicio laboral y percepción de un salario. La condición de alumno es vista como la situación de un cliente que acude para la prestación de un servicio más; la formación integral reducida a la instrucción especializada. Y se corre el riesgo de subordinar la investigación científica, de por sí desinteresada porque busca la verdad, en sucesión de contratos que no tienen otra finalidad que utilizar las conquistas de la ciencia en la consolidación de los negocios. En otro plano, estas normas suponen la destrucción de la noción de comunidad universitaria, al erigir al dueño o a quien éste designe en autoridad o jefe de la empresa educativa, sin que asista derecho alguno a profesores y estudiantes a participar en la configuración del destino de la vida institucional.

No ha de olvidarse, sin embargo, que la Universidad es el hogar de la inteligencia y del discernimiento, que por tanto sabe discriminar entre medios y fines. Ella es reconocedora permanente de las ideologías dentro de la vida social, pero también sabedora de la ilusión totalizante que anida en cada una de ellas. Por eso, ser verdaderamente universitarios ha de significar para nosotros el hallarnos prestos a asumir las conquistas magníficas de la modernidad para usarlas como adecuados instrumentos en vistas de un fin superior, no renunciando a la libertad que nos permite decir no a todo aquello que amenaza nuestra condición de seres capaces de convertirnos en autores de nuestro propio destino.

En este punto y ante tantos temas de interés que convida el reflexionar sobre la Universidad, desearía referirme a uno que considero fundamental dentro de las tareas que debemos cumplir:

LA UNIVERSIDAD Y LA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA

A nosotros, hijos del siglo XX y ciudadanos del siglo XXI, nos ha tocado vivir un tiempo superior a los pretéritos en una dimensión muy específica: en medio de los malestares que todavía nos aquejan, nadie podría negar que la democracia, la idea de la libertad, la noción de la autonomía de la persona, el valor intangible de la dignidad humana, la igualdad ante la ley, son los grandes faros de nuestra vida en común. Esos principios constituyen las medidas que nos dan la estatura de nuestros actos cívicos y los valores que todo poder constituido debe respetar y promover para ser un poder legítimo. No estuvo equivocado Alexis de Tocqueville, cuando, en la primera mitad del siglo XIX, anunció con audacia que la igualdad y la libertad eran fuerzas ya irrefrenables en el mundo por venir. Cuando esos atributos están reconocidos formalmente, cuando son respetados en la práctica, cuando son compartidos por todos los miembros de una sociedad, permiten que se constituya una comunidad de ciudadanos. Ciudadanos que no son una simple aglomeración de individuos, pues si bien la ciudadanía supone igualdad, ello no condena a sus miembros a disolverse en el anonimato: cada uno conserva en todo momento un derecho inalienable a decidir sobre su vida y, por tanto, a fiscalizar lo que sus mandatarios hacen con la porción de poder que él ha entregado.

Así, ejercer la ciudadanía no significa conceder una fracción de nuestra voluntad para desentendernos de la cosa pública. Ella es una condición que se realiza cotidianamente en la crítica de los acontecimientos sociales, en el debate sobre lo que conviene a la nación y, ante todo, en el ejercicio de una conciencia alerta. Cultivar esas calidades inherentes al ser humano es tarea permanente y diaria de la Universidad y por ello su actividad docente es, simultáneamente, actividad cívica, incluso, si no se pronuncia sobre episodios concretos de la vida política. Por esto afirmamos que esta institución es y debe seguir siendo escuela de ciudadanía, comunidad de espectadores comprometidos, según la expresión de Raymond Aron.

Ahora bien, es menester advertir que esta ciudadanía se encuentra bajo permanente peligro. Y quizás lo más grave es el hecho de que no siempre es fácil lidiar con esa amenaza,

porque en nuestra época ella no suele ser evidente. Su agente no es una fuerza exterior, sino alguien que vive en medio de los ciudadanos y que, explotando las prerrogativas que la democracia confiere a todos, tergiversa los valores que rigen nuestra comunidad política. Para usar una figura clásica, digamos que la ciudadanía en el mundo y en nuestro país vive hoy bajo el constante asedio de los bárbaros.

Sabemos como en la cultura grecolatina el ciudadano se hallaba en oposición al bárbaro, es decir, el no culto, el que se hallaba extramuros. En la sociedad de masas este orden ha sido trastocado. Hoy el bárbaro no es necesariamente quien se halla excluido, sino quien, habitando entre nosotros, es incapaz de ver a sus semejantes como sujetos autónomos, afines en sí mismos y poseedores de dignidad. Para el bárbaro contemporáneo, lo que está fuera de su limitada conciencia o es instrumento o es barrera. El bárbaro socava los fundamentos de la justicia al reducirla a un asunto meramente procesal, convierte la cultura en un camino de desencuentro, promueve la incomunicación, lucra sigilosamente en las fisuras de nuestro orden social y finge moralizar a través del escándalo. Siente fascinación por la técnica, pero sólo en tanto que ella es un medio para ejercitar su poder. Cuando triunfa en política, el bárbaro instaura la tiranía del número; y cuando se inmiscuye en nuestros hogares a través de los medios de comunicación, corrompe nuestra natural compasión ante la desgracia humana y la transforma en obscena curiosidad.

A diferencia del bárbaro de los tiempos antiguos, el de hoy no siente seducción alguna por la cultura; no aspira a humanizarse conquistando aquello que no entiende; simplemente lo desdeña y batalla por la prevalencia de su barbarie.

Lo dicho no significa en modo alguno que debamos resignarnos a la disolución del orden de valores que la mayoría hemos elegido como nuestro hogar. Antes bien, hemos

de defender ese ordenamiento, lo que exige de nosotros un tenaz esfuerzo, no físico, sino espiritual. Y en eso estamos empeñados todos los que conformamos las comunidades

académicas. Nuestra tarea es ofrecer inteligibilidad sobre el mundo que nos circunda y también sobre el que nosotros, como hombres, construimos día tras día.

De no hacerlo, aceptaríamos resignados ver cómo se entroniza lo que Hannah Arendt llamaba la “banalidad del mal”. En efecto, la tentación del envilecimiento es

una trampa en la que, tanto el hombre de la calle, como el hombre conspicuo pueden caer por desidia de ánimo y falta de amor; por el contrario, la búsqueda del bien es un esfuerzo constante que demanda viva energía y disposición hacia la caridad. Y para ello hemos de recordar que no es posible que de actos injustos nazca la justicia, como no es posible llegar a la verdad a través del sofisma, ni construir la paz socavando los fundamentos del consenso.

Reaccionar ante la degradación de nuestra vida en común, exigir y practicar la higiene de nuestros hábitos públicos, demandar como ciudadanos de una República el cumplimiento puntilloso de las normas que pautan la convivencia civilizada, no es prurito elitista ni asunción de menudas banderías, sino simple y llanamente, una expansión espontánea de nuestra sensibilidad moral.

Debe precisarse que esta preocupación sobre las condiciones de existencia de nuestra comunidad no se agota en una inquietud sobre lo que comúnmente llamamos política. Hemos heredado, lamentablemente, una visión algo estrecha de esa inmensa palabra. Ella, en realidad, abarca dimensiones esenciales de nuestro ser humano. Ni David Hume ni Immanuel Kant, por citar sólo dos pilares del pensamiento moderno, se animaron a meditar sobre la política sin haber reflexionado larga y profundamente en torno a la esencia del hombre como ser intelectual y agente de moralidad; y al proceder de este modo, continuaban el mismo camino por el que



Salomón Lerner Febres

anduvieron Sócrates, Platón y Aristóteles. Desde la atalaya que nos brindan esas cumbres del pensamiento, deberíamos ser capaces de ver ahora en qué medida la degradación del pacto social lastima nuestra existencia, que se define no sólo por la satisfacción de las necesidades materiales, sino, sobre todo, por el desarrollo de nuestras posibilidades espirituales.

No caigamos en el error de suponer que una búsqueda semejante, por ser ardua, ha de ser exclusiva de los hombres dedicados a la reflexión o a la ciencia. Es, en realidad, una de las preocupaciones más viejas y más acuciantes de nuestra especie, que se traduce en la pregunta por la vida buena: la indagación constante acerca de lo que nos es dado saber, lo que nos es posible hacer y lo que nos cabe esperar, asuntos que, siguiendo a Kant, hallan su síntesis en la pregunta por el hombre. Esas interrogantes, como bien lo entienden ustedes, están en el corazón del pensamiento filosófico, pero también son la savia de la vida cotidiana, ese teatro de nuestros quehaceres diarios donde nos relacionamos con nuestros semejantes, donde procuramos subsistir, donde, al lado de la razón, se hallan también los afectos y el sentido común. Nuestra presencia en este mundo no es, no puede ser, un tránsito mecánico y amodorrado del nacimiento hasta la muerte, un paso fugaz e inconsciente por episodios y lugares inconexos. Al contrario, el arco que describe cada una de nuestras biografías se erige en una vida plena cuando está recorrido por las preguntas radicales: ¿quién soy? ¿A dónde voy? ¿Por qué obro de esta manera y no de otra? La idea socrática de una vida examinada es la mejor respuesta a la gracia de la existencia y la libertad que nos constituye como seres humanos.

No son éstos asuntos que flotan en el aire, sino hitos a los que vuelve una y otra vez nuestra larga tradición intelectual. En cada joven que despierta “al olvidado asombro de estar vivos”, como diría Octavio Paz, amanece la filosofía; cada uno de nosotros se hace, pues, esas preguntas en algún momento de la existencia. Pero no nos topamos con ellas desde el vacío, desarmados. Nos asiste esa tradición, a la que aludíamos, contamos con un depósito de saberes acumulados que espera siempre a quien tenga la audacia intelectual de ir por ellos.

El humanismo es ese sustrato desde el cual elevamos nuestra inteligencia hacia la comprensión de nosotros mismos, así como de nuestro aquí y nuestro ahora. La Universidad lo cultiva para dar consistencia a la formación de la persona y de este modo se erige en escuela de ciudadanía. He dicho que el humanismo es un depósito de saberes siempre vigentes; debo agregar que es también una forma de vida, una actitud ante el mundo, una manera de interpretar la presencia nuestra y ajena. Es así que el humanismo es una profesión de fe en el hombre como ser ético, animal dotado de palabra; *zoon legon* exon, según la vieja definición de Aristóteles, y por tanto un ser que es capaz de discernir lo bueno de lo malo. Visto así, el hombre es una permanente posibilidad que reafirma su naturaleza singular y digna a través de la búsqueda inteligente de la verdad y la práctica de la conducta libre que espera y busca el bien.

Y siendo ello así, queda claro el porqué existen las universidades y por qué invitamos a los jóvenes a sus claustros. Queremos hacerlos participar de una vivencia que será al mismo tiempo formación intelectual y educación sentimental, cultivo de la inteligencia y desarrollo de la sensibilidad, búsqueda de soluciones y adquisición del saludable hábito de preguntar y cuestionar. Preguntar es dialogar. Practicar el asombro ante los enigmas de la naturaleza es conversar con el mundo, significa estar presentes en él como protagonistas y no como simples espectadores. De igual manera, cultivar la perplejidad ante los dilemas de la moralidad y buscar entre ellos un camino seguro, éticamente sostenible, equivale a participar del gran diálogo de la comunidad humana, diálogo que no puede ser concebido como un espacio para dictámenes definitivos y autoritarios, ni tampoco, por cierto, ha de ser entendido como campo para un relativismo cándido y simplista.

Sea para atender con mirada de asombro a nuestro entorno material y social, o para penetrar con espíritu interrogativo en las grandes encrucijadas morales de nuestro tiempo, formarnos como seres humanos, no es otra cosa que abrir nuestras mentes y corazones al universo que nos rodea y, sobre todo, a las carencias y padecimientos de nuestros semejantes. ¿Puede cantar el mudo y oír el sordo? ¿Puede el hombre de hoy mantener todavía un diálogo vivo, fresco y

creativo con el mundo? ¿Puede acaso un país postrado por décadas de atraso, pobreza y violencia alimentar la esperanza de una vida mejor para todos? La educación que impartimos enseña a responder que sí a esas preguntas. Enseña, en primer lugar, a despertar a la pluralidad del universo y hacer de nuestro espíritu un hogar hospitalario para esa diversidad. Y en segundo lugar muestra que la formación humana y el cultivo del conocimiento no son ajenos a la utopía, a la esperanza, a las exigencias de la justicia y la solidaridad.

En este punto y ante tantos temas de interés que convoca el reflexionar sobre la Universidad, desearía referirme a uno que considero fundamental dentro de las tareas que debemos cumplir:

LA UNIVERSIDAD COMO RECINTO DE LA PALABRA

La búsqueda de la unidad del saber constituye una de las exigencias del ethos académico que encarna la Universidad. Es cierto que la especialización se halla inscrita en la historia de la ciencia y las humanidades en el mundo moderno. Y no sería sensato desconocer los beneficios que ello ha traído para el desarrollo de cada ámbito de investigación y reflexión específico. No obstante, es necesario reconocer también que por ese camino se ha llegado a una extremada separación de los saberes y a una suerte de clausura de cada saber en su propio y reducido ámbito. Desechada la noción de un centro integrador, la compleja unidad del mundo se ha fragmentado y disgregado. Y de esa manera, con mirada unidimensional y autosuficiente, la práctica de la ciencia y la reflexión que se pretende metódica devienen ingenuas en términos intelectuales y, en su aparente sofisticación, se hacen irresponsables desde un punto de vista ético.

Una de las mentes más lúcidas y sensitivas del siglo XX, el poeta T. S. Eliot, escribió: “Tuvimos la experiencia, pero extraviamos el sentido / Un acercamiento al sentido recupera le experiencia”. Él hablaba, como sabemos, de una turbia realidad general, de las tribulaciones de una civilización prisionera de un secularismo ingenuo, reducida a la banalidad de la experiencia histórica lo mismo que a la inanidad de la vida cotidiana. Pero es dable -de hecho, ahí reside la fuerza de la genuina poesía- aplicar esa amonestación general a nuestras realidades particulares para decir -para decirnos- que es una tarea ineludible de la Universidad rescatar en todo tiempo y circunstancia el sentido profundo de su obrar.

La Palabra constituye el lugar de la unidad y el sentido que buscamos. La Universidad es el recinto de la palabra, porque su misión es la creación, acumulación y transmisión del conocimiento humano. Nada, ni edificios ni maquinarias, ni paredes ni equipos, pueden sustituir entre nosotros, universitarios, al poder del discurso compartido y del diálogo, incluso la discusión, de buena fe. Podemos imaginarnos la



enseñanza y el aprendizaje desprovistos de todo recinto material -y ahí está, en el origen de nuestra tradición, el sabio peripatético impartiendo sus lecciones y sus dudas en un paseo con sus discípulos- pero sí es un contrasentido practicar la vida universitaria ahí donde la fe en las palabras se ha perdido y donde el discurso -ese vehículo de nuestra inteligencia y de nuestros afectos- se ha pervertido en mentira y fraude o se ha adel-

gazado hasta convertirse, apenas, en lenguaje instrumental, propio para manuales de éste o aquel aparato, pero no para la creación de relaciones humanas.

La palabra -el lenguaje- tiene una preciosa virtud: ella, él, liberan al ser humano de la prisión del tiempo presente y le permiten regresar al pasado, a la experiencia vivida, para hallarle sentido y así, como dijo Eliot, recuperarla

definitivamente. Así como nos abre las puertas al pasado, el lenguaje nos permite también prever y enunciar el futuro, concebir y hacer inteligible una visión, dar forma definida y reconocible a nuestras aspiraciones y, en última instancia, proponer y proponernos una guía para nuestras acciones. Proclamando el valor que deseamos realizar y la identidad que queremos conquistar o preservar, ganamos la necesaria ilación para nuestros actos mediatos e inmediatos y así, una vez más, gobernamos mejor nuestras vidas, hacemos de ellas experiencias sensatas, con sentido.

No reduzcamos el humanismo a la erudición. Él es, fundamentalmente, una perspectiva ética que antecede al cultivo de la ciencia y de las letras y que los justifica. Practicar el humanismo significa, en efecto, entender que el deber-ser es anterior al ser, asumir la precedencia de los valores frente a los hechos. Sin ese resguardo moral, como se ha visto en el siglo XX, la ciencia corre el riesgo de desprenderse de sus fines verdaderos o, peor aún, de someterse a intereses que la obstruyen y la enajenan. Por el contrario, el conocimiento éticamente conducido, empeñado en aprehender la vastedad y la pluralidad de la experiencia humana, no se inclina ante ninguna consigna, no consiente ninguna restricción y aspira solamente a hacer bien. Así, pues, el saber asumido sin restricciones, dentro de una comunidad abierta al diálogo, y la formación que atiende a la complejidad de la persona humana, constituyen dos rasgos de la identidad permanente de la institución universitaria.

No puedo concluir mi intervención sin proclamar el significado de lo deseado para el porvenir de la Universidad Latinoamericana de cara a los retos académicos y morales que he descrito líneas arriba. Concédanme ahora la posibilidad de describirles el arco de mis ilusiones y de mis esperanzas.

Creo, pues, en una comunidad en la que estudiantes y profesores se reúnen libremente para ejercer la crítica abierta y fundamentada; pues sólo de este modo mujeres y hombres pueden moldearse en su integridad, no ahogados por la apatencia de éxitos inmediatos, ni doblegados por prejuicios que entorpezcan la búsqueda de una visión propia y original.

Creo en una comunidad que entiende que su autonomía es una propiedad intrínseca a su esencia, condición para dar cumplimiento a lo que ella aspira.

Creo en una comunidad que incentiva más el diálogo que el soliloquio, que busca por la fuerza de la razón convencer y no vencer y que, partiendo de la pluralidad de temperamentos, especialidades y perspectivas, va a la caza de la unidad saber.

Creo en una comunidad dispuesta a enfrentar con inteligencia los desafíos de su tiempo, a abrirse al mundo moderno para entender a la humanidad de hoy, sin renunciar a su deber ser, que no es otro que el afirmarse como casa de formación.

Creo en una comunidad que busca en su tarea renovada un modo de acercarse a la justicia y la solidaridad.

Creo en la vocación tantas veces manifiesta de sus profesores quienes, realizando innumerables sacrificios, ofrecen su empeño a la tarea de preservar la identidad de su casa de estudios.

Creo en nuestros estudiantes, jóvenes valientes de corazón amplio y nobles ideales, quienes, dentro y fuera de las aulas, han demostrado cómo se han de asumir los deberes y derechos que nacen de haber sido admitidos a una institución como la nuestra.

Finalmente creo en la excelencia que brilla como luz que nos orienta y nos brinda así las fundadas esperanzas con las que nos abrimos al futuro.

Señoras y señores

Es mi más auténtico deseo que este credo sea compartido y pueda así convertirse en hermosa realidad para nuestras universidades de América Latina.

Muchas gracias,

Salomón Lerner Febres

Rector Emérito

Pontificia Universidad Católica del Perú.

Notas

1 Jorge Guillermo Leguía.

* Conferencia impartida en la Universidad de Buenos Aires, Argentina, noviembre 2009.